



ANO IV

← BARCELONA 26 DE ENERO DE 1885 →

NÚM. 161



LAS MUJERES GERMANAS EN LA BATALLA DE AQUA SEXTIA, cuadro por W. Lindenschmit

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LA NIÑA PERDIDA, por don J. Zahonero.—LA CAJA DE ALERCE (continuación), por don F. Moreno Godino.—LAS VARIACIONES DE LOS CLIMAS, por el Dr. Hispanus.

GRABADOS: LAS MUJERES GERMANAS EN LA BATALLA DE AQUA SEXTIA, cuadro por W. Lindenschmit.—¡TÓMALA, HIJO MIO! cuadro por Conrado Grob.—LA RAMILLETERA, dibujo por A. Fabrés, grabado por Brangulí.—EL MEMORIAL, acuarela por J. A. B. Stroebel.—¿CUÁNTO TE QUIERO, ABUELITA!—EN DULCE AMOR Y COMPAÑA, cuadro por Kunt Eßwall.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: LORD WOLSELEY Y SUS COMPAÑEROS EN LA EXPEDICION AL NILO.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Los terremotos.—Caprichos del planeta.—Misterios.—Lo estable y lo inestable.—Las escuelas públicas.—Un acto generoso

Hasta ahora teníamos derecho á creer que la tierra habia terminado ya su período de formacion, y ya la disfrutábamos vieja, sin temer de su firme estabilidad y de sus seriedades y desengaños la más pequeña locura. Al dar una patada en la tierra en algun acceso de desesperacion y dolor, no temíamos nunca que allá abajo en las profundidades el eco de nuestro pisoton despertase otros rumores. Cuando entregamos á la tierra un cadáver querido, no nos imaginábamos que pudiera agitarse entre sus brazos como la mujer agita al niño recién nacido en los primeros alborozos de la maternidad. Cuando acumulamos fatigas y desvelos, y cercenando á nuestras ambiciones, á nuestros caprichos y hasta á nuestras necesidades, hoy una moneda de cobre, mañana una de oro, y fundimos todos estos metales en ese precioso lingote de la vida comercial que se llama el ahorro, y haciéndole sufrir la más completa de las metamorfosis lo convertimos en una casa, y la construimos segun nuestras comodidades, pensando fundar en ella el solar de la familia, no nos acordamos de que por muy hondos que sean los cimientos y por muy firme que sea el asiento del edificio, una veleidad del planeta puede derrocar nuestra fortuna y convertir en polvo nuestros afanes.

Alguna vez, en los telégramas de los periódicos, leíamos la noticia de que en lejanas tierras, habitadas por otras razas que apenas nos acertamos á explicar ni á concebir y que en algunos momentos de escepticismo dudamos de que existan, habia ocurrido un temblor que habia destruido muchos pueblos; pero lo cierto es que lo que ocurre en las Islas Visayas, conmueve poco al que se baña en el Manzanares; de la misma manera que los dolores del rey Ataulfo tienen sin cuidado al elector de Romero Robledo.

Hoy el fenómeno ha sucedido debajo de nuestros piés; allá donde están las raíces de los árboles, las vetas metálicas de los minerales, los huesos de nuestros muertos y los débiles arraigues de las flores y el césped. Debajo de nosotros ha palpitado la cólera divina, las casas se han conmovido y desde Vigo á Cádiz una trepidacion horrenda ha agitado toda la Península.

Lo que en Madrid sólo fué temor y susto, fué en Sierra Nevada destruccion y ruina, y lo que aquí constituyó la zozobra de una noche, la gritería del público que en el Teatro Real se vió zarandeado un segundo, ha sido allá abajo muerte, desolacion y miseria.

La tierra no tiene ya derecho á ser caprichosa, porque estas versatilidades de la voluntad están encadenadas á la juventud. En los dias aquellos en que Urania era jóven, cuando el hombre salia de las cavernas ignorante de la ciencia que conduce la palabra por los hilos del teléfono y condensa la fuerza en la caldera de una locomotora; cuando aún nuestro planeta era enorme bola de pasta aún blanda, en que el Hacedor Sumo no habia acabado su obra y en los espacios inmensos la contemplaba teniendo en la una mano el martillo poderoso y en la otra el cincel, tal y como el cuadro clásico nos representa á Miguel Angel en su taller de escultura; entonces era natural, lógico y presumible que tal dia se rasgasen las entrañas de un monte, y abriéndose en la cima horrenda boca, la tierra vomitase al cielo espumarajos de fuego y columnas de ceniza; ó que tal vez mañana una isla que espléndida y rozagante, cubierta de árboles y poblada de toda suerte de animales, se sumergiese de improviso en los abismos marinos, cerrándose sobre ella como una tumba de olvido el equilibrio eterno de las aguas. En una palabra y reasumiendo mi pensamiento: cuando no habia palacios que costaban miles de millones tenia la tierra derecho á estremecerse, porque todo lo que destruía era lo que ella misma habia construido; la caverna donde la familia humana nacia confundida, y aún no bien separada en sus relaciones sociales, con el mono y el kanguro; pero hoy que la tierra está rodeada en todos sentidos por el brillante cinturón de casas de la poblacion, hoy que sobre cada rio se ha elevado un puente, en cada cordillera se han abierto cien túneles, en que en cada llano ha nacido una ciudad y la labor incesante de miles y miles de generaciones ha ido acumulando sus aciertos y su trabajo para enriquecer y ornar la áspera é ingrata superficie del planeta, hoy ya no tiene derecho á estos caprichos que cuestan caros.

* *

La ciencia no ha descubierto aún qué es lo que pasa 7 kilómetros más abajo de nuestros piés. ¡7 kilómetros!

pequeña distancia; un caballo la recorre en pocas horas; el hombre ménos andador la domina, un niño que apenas da con acierto sus primeros pasos, puede comenarla cuando el sol nace y concluirla ántes de ponerse. Esto mientras se avanza paralelamente á la tierra, pero si descendemos verticalmente, bien pronto nos salen á recibir los fuegos subterráneos, vapores irrespirables, y si con los instrumentos poderosos de la industria horadamos la corteza, apartamos la tierra, destruimos el risco y descendemos algunos metros más, el atrevido expedicionario que ha osado bajar á la tumba siente irresistible peso en los pulmones, dolor en los oídos y en los ojos, con cuyos signos la naturaleza le advierte á tiempo para que vuelva á vivir allí donde la naturaleza le puso y donde la naturaleza le dió un reino, en la superficie del planeta. Tal vez el hombre con esas osadías en que quiere acercarse á Dios, avanza algo más, pero su muerte es inevitable; sus pulmones estallan, su corazón se rompe, el equilibrio sublime de las fuerzas está roto, y se rompe por lo más delgado que es el hombre.

* *

De manera, que sólo hipótesis hay en lo que se refiere á estos movimientos, á estas agitaciones y á estos temblores. Bien pequeña se nos aparece la humanidad no pudiendo saber á ciencia cierta, ni aún si aquello mismo que pisa es sólido y firme ó movedizo y mudable. No es extraño que las tristezas que esto produce en el ánimo del hombre, hagan nacer en su sér moral el anhelo de salir de la tierra; y ya que no puede bajar á sus entrañas, salir de su atmósfera. De ese deseo ha nacido el globo y el telescopio: el globo en que viaja el cuerpo, el telescopio en que viajan las pupilas á través de los mares incoloros del éter. Convencido de que la tierra es un misterio impenetrable para él, se decide á buscar ciencia y certeza en lo que pasa en los demás astros y planetas; y estudia la luna; y poniendo debajo del objetivo del telescopio láminas fotográficas reproduce el aspecto de los valles lunares, y luégo empapando la pluma del astrónomo en la tinta de la poesía escribe páginas descriptivas de las cordilleras que como insignificantes rayas y pequeños arañazos aparecen en esas vistas fotográficas del astro nocturno. No pudiendo escribir la geografía interior de la tierra, escribe la geografía de la luna; no pudiendo saber si el núcleo de esta pelota de arena y agua en que vivimos es hueco ó macizo, líquido ó sólido, fuego ó hielo, quiere saber lo que pesan las estrellas y crea una balanza ideal donde mide las fuerzas que sería preciso reunir para apartar á Saturno de sus sátelites y arrancar á la constelacion del Cisne una de sus condecoraciones luminosas. Tal es el hombre, tal le ha creado Dios. Con los atrevimientos de hoy procura recompensarse de las timideces de ayer y con las grandezas de sus sueños trata de consolar-se de la miseria de sus realidades.

Una sola cosa acredita en medio de estos desórdenes de la naturaleza, que el hombre sigue siendo rey de ella.

La caridad..... un cetro de oro que desde los altos cielos le trae un ángel que lo entrega en señal de dominio sobre lo moral y lo eterno.

* *

En un modesto pueblo de Extremadura, en Navalmoral de la Mata, se ha celebrado una ceremonia que ha pasado inadvertida entre el tumulto de los sucesos últimamente ocurridos en Andalucía, y entre la chilladiza de las huestes políticas. En ese pueblo se ha inaugurado una escuela-biblioteca erigida y creada con los fondos que legó al morir el Sr. D. Antonio Concha y Cano.

Los que esperamos algo de la cultura de la generacion nueva debemos gratitud y recuerdo al nombre del modesto patriota que ha hecho más con un acto de desprendimiento que muchos oradores con su elocuencia y su vanidad.

El docto catedrático Gonzalez Serrano, en el acto de la inauguracion, saludaba con entusiasta frase la sombra del muerto que debia presidir la solemnidad. Y decia Gonzalez Serrano:

«Para daros una idea de aquel espíritu excelso y de aquel liberal convencido y sincero, basta recordaros un detalle singularísimo de vida. Del bombardeo de aquellas cortes de que formó parte, (las del 54) conservaba como invaluable reliquia el trozo de un casco de granada y mostrándosela al que tiene el honor de dirigiros la palabra solia decirle.—Hé aquí el símbolo de los males de nuestra patria; el militarismo.....—Tal era el superior espíritu del egregio fundador de esta Escuela.»

Tenia razon el Sr. Concha y Cano, de grata memoria. La cultura humana sólo habrá triunfado cuando los cascos de las granadas sirvan no más que para tinteros en las escuelas públicas y donde hirvió el fuego de la guerra moje su pluma el pedagogo cuando enseña á hacer palotes á un ciudadano del porvenir.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

LAS MUJERES GERMANAS

en la batalla de Aqua Sextia, por W. Lindenschmit

Corria el año 102 ántes de J. C. Los cimbro y los teutones habian abandonado, algunos años ántes, las sombrías regiones del Norte en busca de un cielo más puro, de una tierra ménos ingrata. Fuertes por naturaleza, pero

dóciles y honrados por temperamento, cuando llegaron á un país próximo á las fronteras de la dominacion romana, se limitaron á pedir permiso para cultivar el suelo bajo la proteccion de la señora del mundo; pero Roma, siempre orgullosa, siempre dispuesta á dominar y nunca á transigir, prefirió la guerra, que por cierto no la fué favorable en todas las ocasiones. Distintos cónsules y muchas legiones de soldados mordieron el polvo bajo la espada de los germanos; hasta que el célebre Mario triunfó de estos é hizo en ellos la más terrible carnicería.

El caudillo Bojorix, duque de los cimbro, á la vista del ejército enemigo, envió al cónsul romano un mensaje pidiendo se le señalara dia y sitio para combatir. Aprovechándose Mario de esta costumbre de sus contrarios, que prueba la candidez germana, les designó la llanura de Vercelli, donde la caballería romana podia maniobrar con ventaja. Allí se trabó la famosa batalla llamada de Aqua Sextia, y allí perecieron los cimbro y teutones hasta el último de sus combatientes.

Las infelices mujeres de los vencidos ofrecieron al vencedor su sumision, siempre que se las garantizase el respeto á su castidad, destinándolas al culto de Vesta; y los romanos cometieron la bajeza de negarse á una demanda tan legítima. Entonces, aquellas honradas y varoniles mujeres dieron muerte á sus hijos, y empuñando las armas que se habian caido de las yertas manos de sus esposos y hermanos, se lanzaron al encuentro de los legionarios y se hicieron matar por su honra y por la honra de su patria.

Tal es la escena que el artista alemán ha pintado con visible talento y verdad conmovedora.

¡TÓMALA, HIJO MIO! cuadro por Conrado Grob

Por destartada que sea la estancia donde penetra un rayo de sol, con él penetra un rayo de vida. Del mismo modo podemos decir que, por triste y pobre que sea la morada que habita un niño, es un pedazo de cielo para toda buena madre. La de nuestro cuadro no nada ciertamente en la abundancia: la habitacion no puede ser más lóbrega, el mobiliario se pasa de mezquino, la vestidura de la jóven es todo lo humilde que cabe.... Además, nada en la mísera buhardilla revela la presencia de un hombre; por más que se busca en el cuadro, no se encuentra traza del padre de la criatura, del marido de esa madre.... Es muy posible que ese niño angelical sea el fruto de una pasion loca, de una hora funesta de delirio. En este caso, la venida de ese niño al mundo habrá creado á su madre una situacion difícil, una de esas situaciones que, cuando se carece de resignacion y de temor de Dios, terminan en el torno de la inclusa y hasta en el fondo del rio, que lleva sus secretos al mar.... Todo esto es posible...

Y sin embargo, decidla á esa jóven madre que hay en el mundo palacios magníficos, festines suntuosos, espectáculos deslumbradores, placeres inagotables, fiestas sin término; proponedla llevarla á ese gran mundo mediante la simple condicion de renunciar á su hijo; y oid su respuesta:

— El hijo de mi alma vale más, mucho más que todo eso: no hay en el mundo tesoros que puedan pagar una sonrisa de sus labios; cuando éstos me besan, paréceme que la Virgen me bendice y que Dios me perdona!...

Esto nos dice, ó mejor esto nos hace sentir el delicioso cuadro de Grob.

LA RAMILLETERA,

dibujo por A. Fabrés, grabado por Brangulí

A juzgar por las apariencias, vive entre flores; si nuestro paisano, que la ha reproducido con su habitual talento, tuviera que comprobar este supuesto, quizás no asentiría á él de una manera absoluta. Sienta perfectamente á la juventud y á la belleza el cultivo de las flores; las rosas y las camelias, los claveles y las violetas parece como que deban prestarse de buena voluntad á que las manos de una mujer jóven y hermosa las agrupe artísticamente, combinando coquetamente sus formas y colores. Hasta aquí todo es natural y se explica á las mil maravillas.

Pero ahondemos algo en la realidad. La ramilletera ha cuidado las flores hasta con cariño, admira sus bellas proporciones, se deleita contemplando sus frescos colores, aspira sibaríticamente sus perfumes, y aún más, sabe por experiencia propia cuánto realza á una morena el rojo encendido del clavel ó á una rubia el pálido rosa de la flor de Alejandría. A pesar de lo cual, sus flores, las flores que, gracias á ella, han salido tan hermosas, pertenecerán á otros, embellecerán estancias que no son las suyas, adornarán un semblante que no es su semblante, ó serán desdinosamente arrojadas á la calle á la salida del teatro ó del baile.

¿Será debido á esto que la ramilletera de Fabrés no puede ocultar que se encuentra dominada por un pensamiento triste?...

EL MEMORIAL, acuarela por J. A. B. Stroebel

El autor de esta composicion ha demostrado una rara habilidad, no sólo en el dibujo de las figuras, sino en la perspectiva, que no se logra en las acuarelas sino venciendo grandes dificultades, por lo mismo que el artista dispone en ellas de menores recursos.

Cuatro términos tiene propiamente el cuadro y los cuatro están bien trazados, dando por resultado espacio, aire, luz, lo más difícil de encontrar, precisamente porque del modelo puede decirse que es invisible, que es impalpable, que existe por uno de esos prodigios que la naturaleza tiene secretos y que el pintor descubre únicamente cuando, á imitacion de Dios, hace la luz.

¡CUÁNTO TE QUIERO, ABUELITA!

Este lienzo es un prodigio de naturalidad. Si la fotografía pudiera reproducir los afectos como reproduce las líneas, diríamos que es la fotografía de una escena doméstica, saturada de poesía y de candor. Ni cabe acariciar con mayor ingenuidad que esa niña acaricia á su abuela, ni pintar una senectud más apacible, más feliz, que la de la anciana de nuestro cuadro.

¡Bienaventurados los niños que se educan en el amor de sus mayores, y bienaventurados los ancianos que viven del cariño de sus descendientes!

EN DULCE AMOR Y COMPAÑA,
cuadro por Kunt Efwal

Graciosa composición, y sobre todo composición simpática. La debilidad inocente abusando de la fuerza pacífica, el hermoso niño dormido en el regazo del no menos hermoso perro, aquél perfectamente confiado, éste solícitamente vigilante; la sedosa cabellera del bebé enredándose con el sedoso pelo del perrazo de Terranova; la envidiable tranquilidad de entrambos, su apacible descanso, probablemente despues de un cúmulo de travesuras hechas en comun competencia; todo se halla perfectamente comprendido en este cuadro, de que su autor, más que orgulloso, debe estar contento.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LORD WOLSELEY Y SUS COMPAÑEROS
en la expedición al Nilo

El problema planteado en Egipto entre la política mercantil de Inglaterra y las tribus empeñadas en libertar á su país de la explotación británica, ha excitado la atención del mundo entero, en especial desde que se ha fijado en la disputada posesión de Kartum, detrás de cuyos muros el general Gordon va adquiriendo las proporciones de un héroe legendario. Cualesquiera que sean las faltas que la codicia inglesa haya cometido en el país de los Faraones, es indudable que en Kartum se encierra hoy la influencia europea: por esto cada vez que el telégrafo ha anunciado la captura y muerte del general Gordon, un estremecimiento doloroso ha conmovido á cuantos se interesan por la causa de la civilización, que, más ó menos bien, representa el defensor de Kartum.

La Gran Bretaña ha comprendido, quizás un poco tarde, cuánto interesaba á su prestigio salvar al general Gordon; no por lo que signifique en Inglaterra un inglés más ó menos, sino porque la caída de la ciudad sitiada sería la más ingenua confesión de impotencia nacional. Ante esta consideración, ha organizado la Gran Bretaña una expedición que, al mando del célebre general Wolseley, se halla en estos momentos venciendo las innumerables dificultades y arrojando los continuados peligros que se oponen á su llegada á Kartum.

En nuestro *Suplemento* publicamos los retratos del célebre vencedor de Abisinia y de sus esforzados compañeros. Ellos llevan las simpatías de sus conciudadanos... ¡Plegue á Dios que los expedicionarios al Nilo vuelvan al seno de su patria, cuya honra é intereses defienden bravamente!

LA NIÑA PERDIDA

I

El conde de Lupus tiene un lindísimo niño.

Mil veces habrá pasado á vuestro lado cruzando ante vosotros en larga carrera, rápidamente como se ve desaparecer un aerolito en la noche.

Habéis visto su alborozo como un fulgor que aparece y desaparece; una carilla sonrosada, una mirada viva, llena de enérgica alegría infantil, una cabellera cortada en fleco sobre la frente como la de un pajecillo, un sombrero de marinero, y bajo él, flotantes, los hermosos cabellos rubios; despues difícil os habrá sido seguirle con la vista, se pierde en mil revueltas y curvas ó desaparece tras de los árboles como mariposilla que revolotea, cruza por lo azul del espacio, y sobre las flores.

Federe es un niño como puede soñarle un abuelo sin nietos, es un niño siempre palpitante de alegría, siempre agitado al respirar, siempre encendido, siempre dispuesto á escapar de vuestros brazos y escurrirse por entre vuestras piernas.

Cuando por acaso se le detiene el problema está en no dejarle escapar.

Generalmente lleva un pañuelo blanco desplegado en las manos y se dispone á torear con él á todos los perros, á todos los chicos que se encuentre: halla pequeño el espacio para sus gritos, corta toda distancia para sus ávidos ojos.

Federe tendrá ahora unos ocho años de edad; su figura, como hemos dicho, está llena de esbeltez y de gracia.

Hace pocas noches, su padre, despues de comer, le invitó á ir á los jardinillos, le dió una peseta, y le concedió libertad para correr en dicho punto y asistir á una función de «Fantoques»: á la salida se reunirían en el punto que él indicara.

—¿Llevamos á Moro?—preguntó el niño.

Le fué concedida esta libertad y luégo de haber dado

un beso á la mamá el niño partió con su padre y seguido de su hermoso perro.

II

No atraviesa un pájaro prisionero la puerta de su jaula y huye por los aires con más rapidez que la que empleó Federe en atravesar las puertas de los jardinillos.

—Adios, papá: ya sé, frente al teatro, al lado del pabellon grande.

Fuése el conde de Lupus á pasear tranquila y solemnemente con otros personajes mostrándose ante las gentes como correspondía á su nombre y haciendo resaltar sobre su blanquísimo chaleco una cadena magnífica.

El niño, en tanto, era libre.

Las calles de árboles, en enredado juego, ofrecen un singular encanto; las intermitencias bruscas de luz y de sombra producidas en los jardinillos por la luz eléctrica aumentan este encanto; ir y venir de acá para allá, correr mucho para encontrarse despues en el mismo sitio, dejarse ver de pronto y perderse por completo en la oscuridad despues, produce en los niños un gozo extraordinario; todo laberinto es la topografía de un destino, todo contraste una semejanza de la vida y á la edad de Federe se juega con todo, lo más misterioso y enredado es lo que más seduce y alegra.

La mariposilla recorre vivamente por los zigs-zags del bosque y se ven vibrar blancas ó irisadas alas en la boca de los precipicios.

Moro corria detrás de Federe; de pronto el perro que en una de las revueltas se halló delante del niño, se detuvo. Federe avanza, y frente al paseo, cayendo de lleno sobre ella la luz de un farol descubrió el niño una niña parada, llena de miedo, sin atreverse á dar un paso ante el perro; éste se halla á juzgar por su actitud como dispuesto á jugar con ella ó esperando que ella le excitase al juego.

Llevaba la niña un trajecillo de raso azul, una ancha capota del mismo color, bajo la cual se veía su bellísima carita contraída por el espanto. Entre sus manos sujetaba un gran paquete de papel.

Federe se echó á reír, «tiene miedo á Moro la tonta,» pensó, lo menos que ella se figura es que mi perro se come á las chicas de un bocado que hace *ahum* y se merienda una pantorrilla.

—Pase V., dijo el niño, con voz enérgica que podía inspirar confianza y revelaba cierto desprecio al miedo de la niña.

Iba ésta á retroceder, mas sin duda temió verse perseguida en la fuga por el perro; en esta situación cayósele el paquete al suelo y rompió á llorar.

Federe al sentir los gemidos de la niña sujetó al perro, se acercó á la niña y echando tras de sí á Moro, dijo:

—Pero no llore V.; no veo porqué ha de llorar, si Moro nada le ha hecho. ¡Bueno, bien! ahora sigue llorando; si está sujeto por la cadena. ¡Dios mio, me reñirán y yo nada malo hice! niña no llore V. más.

¡Qué elocuencia desplegó Federe! Unas veces seguía irritado contra el llanto de la niña, otras veces se ofrecía á llevarla al lado de la mamá. Pronto la consoló y logró convencerla de que Moro era un perro incapaz de meterse con nadie; al único que ladraba era al carbonero.

La niña se tranquilizó y áun llegó á acariciar al perro, mostrando al poco rato una confianza y un descaro propios de un muchacho, sin que á pesar de esto dejara de revelar un no sé qué de inocente y de triste que hubiera por el contraste preocupado á una madre.

La aventura no terminó aquí, sino que fueron los dos niños hácia la glorieta por el lado del café.

—¿Cómo te llamas?—dijo Federe tuteándola.

—La Capuchina me llaman *los amigos*; pero me llamo Juana.

—¿Capuchina? eso es un mote, es un nombre feo. Llámame Capuchinita. Te estará esperando tu mamá, Capuchinita.

—Quién, ¿Lola? ¡que espere sentada! regularmente me pegará, y me pellizcará; todas las noches me pone negros los brazos de pellizcos

Déjala, ya la encontraremos. ¿Te gustan los merengues? á mí sí. Lola, que no me deja correr ni jugar, me dejó ir á comprar unos merengues, y cuando te he visto me habia perdido; toma.

Federe tomó un merengue que le alargaba la niña y así continuaron como dos amigos paseando hasta que sonó en alegre repiqueteo la campanita del teatrillo de los *Fantoques*.

—Vamos, dijo Federe, te convidó á ver los fantoches ¿los has visto? es una risa.

La niña se resistió, no podía estar mucho tiempo en el teatrillo, la pegaría Lola.

No costó mucho á Federico seducirla, y los dos picaruelos, el seductor y la conquistada, entraron á presenciar el espectáculo, convenciéndose de que duraría poco la función. Federe se dió importancia tomando dos asientos en el despacho.

¡Pobre Capuchinita! pensó Federe al salir con la niña del teatrillo, encantados aún con la maravilla del espectáculo. Tal vez la espere su mamá.

—Vamos, Capuchinita, no tengas cuidado, yo le diré que he tenido la culpa, que nos conocíamos y te he convidado, diré que te conocía porque como vas al colegio con mi prima Florita... dí tú que Florita va á tu colegio y no te reñirá tu mamá Lola...

—Yo no voy á ningún colegio, ni Lola es mi madre.

—O tu tía, ¿no es tía?

—Sí, es una tía,—dijo la niña haciendo un mohín de malicia, que no podía comprender su inocente amiguito, pero que era la revelación de una deformidad moral, triste y terrible.

—Bien, vamos, busquemos á tu tía.

Pasaron por entre la gente que paseaba por la glorieta, recorrieron el círculo formado por las sillas yendo y viniendo de uno á otro lado; de pronto sintió que le daban un golpe en el hombro y quedó parado volviéndose y miró: era su papá. ¿Cómo referirle que habia asustado y luégo entretenido á una niña, que por esto tal vez no encontrará á la mamá ó á la tía que la habia traído á los jardines?

Pensando que su padre habria adivinado su pecadillo, dijo:

—La estamos buscando, papá.

—¿A quién?—preguntó éste.

—A la tía de esta niña.

Pero entónces ocurrió una cosa extraña, al fijarse la niña en el conde sus ojos se animaron y exclamó con el tono más descarado y con desgarro impropio de una voz fresca é infantil:

—¡Olé flamenco! Mira, este es mi papá flamenco.

Federe quedó sorprendido y como asustado por la libertad con que aquella niña hablaba, miró á Capuchinita y miró á su padre con un asombro indescriptible.

El conde no mostró ménos asombro viendo á los dos niños como reunidos; diríase que se hallaba confuso, de su asombro no hubo salido cuando la niña, con una frescura que helaba, pues habia en ella algo de cinismo,

—Mira, llévame junto á Lola, si tú me llevas no me reñirá, está muy contenta con la pulsera que la has regalado.

—Niña, dijo el conde afectando en vano no conocerla, te has equivocado. Vamos á buscar á tu mamá, tú me dirás quién es, y si no, dí dónde vives y haré que te lleven á tu casa. Y V. caballero espérame ahí, añadió con acento acre y duro dirigiéndose á su hijo.

Federe quedó temblando.

Poco despues el padre, silencioso y contrariado, y el niño, lleno de temor, partieron en el carruaje.

Pero el pensamiento de Federe trabajaba por la impresión que habia recibido su alma.—¿Quién será esa niña? ¡Qué rara y qué mala educación; claro, no la llevan á ningún colegio! Debía de ser tonta. ¿Pues no habia confundido á su papá con otro? Como que mi papá iba á regalar á la Lola, á quien no conocía, una pulsera. Se la hubiera comprado á mamá. Papá no es tan bruto.

Tan preocupado iba el niño que no pudo ménos de decir:

—¿Quién sería esa chica?

—Nada, no le digas esto á mamá, sentirá que te hayas reunido á una chicuela, cualquier chicuela que encuentras por ahí. Cuidado con que yo vuelva á verte con *esa*. *Es una niña de casa*, una perdida.

Federe no entendió palabra.

—¿Es una niña perdida? ¡Pobrecilla!—exclamó el niño apenado y por un rápido cambio de pensamiento propio de los niños asomóse á la ventanilla á mirar á Moro que iba muy erguido en el pescante á los piés del cochero y del lacayo.

¡Pobre Capuchinita; rendida por la fatiga y temblando al dolor del castigo, á las pocas horas tal vez soñara con los fantasmas del teatrillo, tal vez con la simpática y leal fisonomía del niño, del desconocido amiguito, tal vez con aquellos dulces momentos de libertad... tan breves!

J. ZAHONERO.

LA CAJA DE ALERCE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuación)

»¿Y bien?—dijo Federico que me miraba de un modo particular.

»Recordarás que en aquella memorable tarde, tú y Juan fuisteis á pasear por el Retiro. Yo me quedé en tu estudio. No bien salisteis, bajo á la portería, afortunadamente Lucas aún no se habia marchado á llevar el retrato, se le pido con un pretexto cualquiera, comienzo á copiarle con febril ardor, el genio me ayuda, mi pincel vuela y... produzco una obra maestra, una copia que se confunde con el original. Corro á mi casa, porque ni áun quise desprenderme de la cajita auténtica, tomo la mia, que como te he dicho es exactamente igual, coloco en ella mi copia, se la doy á Lucas, con cuatro duros para recordarle que sea discreto y... tengo la satisfacción de conservar este original único en el mundo.

»Durante mi relato Federico se habia puesto en pié y me miraba con ojos atónitos; yo creo que estaba algo chispo.

»¿Con que eso has hecho, desgraciado?—exclamó con voz estridente.

»Eso he hecho para gloria mia. Mucho he tenido que contenerme para guardar mi secreto; estaba anhelante de deciros á tí y á Juan (por tí) lo que ántes acabo de preferir: ¡Amigos, salud en mí al primer miniaturista del mundo!

»¡Imbécil!—volvió á exclamar Federico, arrancándome violentamente la cajita que yo tenia en la mano.—¡Idiota!—y diciendo estas palabrotas, abrió aquella, oprimió con el dedo en un ángulo, abrióse un receptáculo, para mí desconocido, y sacó unos papeles...»



¡TÓMALA, HIJO MIO!... cuadro por Conrado Grob

CAPTAN J. F. BROCKLEHURST, de los guardias de á caballo
Servicio especial

TENIENTE T. J. R. ADYE, de artillería
Ayudante de campo

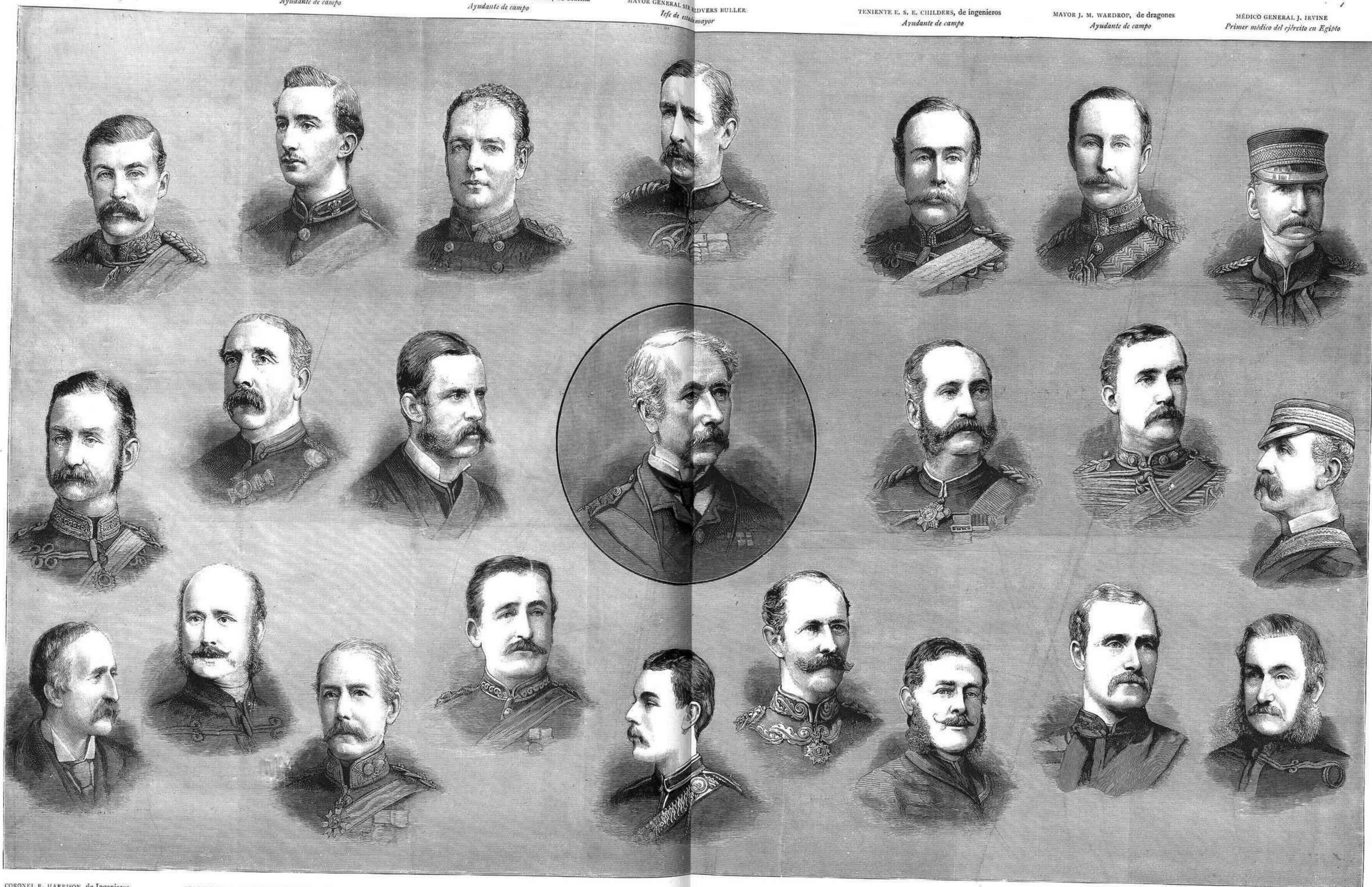
CAPTAN LORD C. W. DE LA POER HERESFORD, de Marina
Ayudante de campo

MAJOR GENERAL SIR EDVARS BULLER
Jefe de estado mayor

TENIENTE E. S. E. CHILDERS, de ingenieros
Ayudante de campo

MAJOR J. M. WARDROP, de dragones
Ayudante de campo

MÉDICO GENERAL J. IRVINE
Primer médico del ejército en Egipto



CORONEL R. HARRISON, de Ingenieros
Servicio especial

CORONEL R. G. HENDERSON, del 2.º de carabineros
Servicio especial

TENIENTE CORONEL G. A. FURSE,
Ayudante y cuartelmaestre general

LORD WOLSELEY
General en jefe

CORONEL W. F. BUTLER
Ayudante y cuartelmaestre general

TENIENTE CORONEL J. ALLEYNE, de artillería
Ayudante y cuartelmaestre general

COMISARIO GENERAL H. J. WILKINSON
Administración militar

DIPUTADO-COMISARIO GENERAL DE ORDENANZA H. MORGAN
Administración militar

MÉDICO-MAJOR L. CORBAN
Físico de la división de camellos

CORONEL SIR H. STEWART, de Dragones
Servicio especial

TENIENTE CORONEL E. E. T. BOSCAWEN, de los guardias
Comandante de la división de infantería del cuerpo de camellos

TENIENTE CORONEL R. A. J. TALBOT, de Guardias de Corps
Comandante de la división de camellos

CORONEL SIR. C. W. WILSON, de Ingenieros
Servicio especial

CAPTAN, CONDE DE AIRLIE, de húsares
Servicio especial

CORONEL C. WEBBER, de Ingenieros
Servicio especial

PAGADOR EN JEFE OLIVEY

EXPEDICION AL NILO.—LORD WOLSELEY Y SU ESTADO MAYOR



LA RAMILLETERA, dibujo por A. Fabrés, grabado por Brangulí

—Continúa—dije yo comprendiendo por la mía, las impresiones de Federico.

Manuel continuó:

—Segun parece, los papeles eran dos cartas sin sobre y por consiguiente se veían las letras. Federico fijó en ellas la vista, se inmutó, se llevó una mano á la cabeza, desdobló una carta, lanzó un grito, prosiguió, ó mejor dicho, atropelló su lectura; tomó el sombrero y se marchó violentamente, dándome un empujon...

Todo estaba medio explicado, y digo medio, porque indudablemente la lectura de aquella carta había influido en el retraimiento de Federico respecto á la linda viudita, pero ¿por qué?

Sin prestar atención á lo que Manuel decía, salí apresuradamente de la cervicería, tomé un coche que había frente al Casino y me dirigí á casa de aquel. No había pensado ir hasta el día siguiente, pero en vista de lo que acababa de saber, no pude reprimir mi impaciencia.

Hallé á Federico sentado y fumando. Me recibió con expansion, pero con tristeza. Comenzábamos á hablar; iba á pedirle explicaciones, cuando oímos sonar la campanilla de la verja y poco despues se presentó un criado que dijo á mi amigo:

—El comandante Medina desea hablar á V.

Al oír aquel nombre, Federico se puso lívido.

—Que pase—dijo al criado.

XVIII

Casi instantáneamente vimos entrar al comandante.

Contra su costumbre, estaba vestido de paisano. Inclino ligeramente la cabeza, pero sin quitarse el sombrero.

Yo hice ademán de retirarme, pero aquel me detuvo diciendo:

—No, quédese V., lo supongo enterado de los secretos de su amigo y no estará demás su presencia.

Federico le indicó una silla.

—Gracias, mejor será que hablemos en pié.

Hubo una pausa. El comandante prosiguió:

—Hace tiempo que estoy de guarnicion en Sevilla. Ayer llegué á Madrid. He sabido, ó mejor dicho, he adivinado los motivos del disgusto que pesa sobre mi familia y vengo á pedir á V. explicaciones.

Federico guardó silencio.

—Usted—prosiguió el comandante—tuvo á bien fijarse en mi hermana y, muy á pesar mio, obtuvo la alta honra de ser amado por ella. No ocultó V. sus intenciones, á los ojos del mundo pasó por su prometido y de repente, sin comprender ó sin tener en cuenta que no se puede desairar impunemente á una mujer de clase, se ha retraído V. de un modo incomprensible.

—Creo haber explicado mis motivos, por medio de una carta.

—Esos motivos no existen. Exijo más explicaciones.

—No puedo darlas—dijo Federico, bajando la cabeza.

—Usted las dará. La reputacion de mi hermana no admite nebulosidades: V. las dará.

—No puedo, caballero, crea V. que me es imposible.

—Piénselo V. bien y advierta que estoy haciendo un gran esfuerzo para contenerme.

—Hay circunstancias inconcebibles. Olvidemos el pasado, señor comandante; á todos nos estará bien.

—¿Es esta su última determinacion?

—No puedo tener otra.

El comandante estaba lívido de cólera; movía los labios con un movimiento convulsivo.

Se comprendía la lucha que sostenía consigo mismo.

—Pues bien; si no puede darme explicaciones me dará una satisfaccion.

—¡Caballero!...

—Nada. V. comprenderá que yo no he venido aquí para hablar. Sírvase V. decirme con quién tengo que entenderme.

—Pero, caballero, ¿por qué me obliga V. á un acto tan doloroso como inútil; por qué viene V. á acibarar mis penas?

—¿Y qué tengo yo que ver con sus penas de V.? ¿Cree usted que trata con una pobre mujer ó con un pobre viejo agobiado por la edad y por los achaques? Terminemos; no me obligue V. á faltar á las conveniencias; arrostre las consecuencias de una conducta que no tiene nombre.

—Yo le suplico que desista, señor comandante. Nadie puede atreverse á la reputacion de su señora hermana de usted. No es el primer enlace que no se ha llevado á cabo; puede haber causas muy honrosas y muy naturales para un rompimiento.

—Acabemos.

—No me ponga en una disyuntiva dolorosa. Esté persuadido de que un duelo, siempre desagradable, sería horroroso para mí, que no me perdonaría jamás el haber derramado su sangre de V.

—Noto—dijo el comandante—que V. sólo habla de sí propio, que le preocupan sus disgustos y no los ajenos. La reputacion de una mujer, el vacío que haya V. podido dejar en su corazon, el desencanto de una familia honrada; todas estas cosas son para V. secundarias; V. está en primer término y le molesta que un cualquiera venga á turbar su preciosa tranquilidad.

Federico juntó las manos y las retorció violentamente.

—Nómbreme V. las personas con quienes he de entenderme. No me hallo bien aquí—repuso el comandante—hay más peligro aquí para mí, que sobre el terreno.

Hubo un momento de vacilacion por parte de Federico; despues exclamó:

—¡No puedo, yo puedo!

—Pues bien; yo tampoco puedo contenerme en los límites de la prudencia: harto he reprimido mi carácter y mi justa indignacion. V. me obliga á decirle aquí en presencia de un testigo que es V. el más bajo y el más cobarde de los hombres.

—¡Comandante!...

—Me hallo en su casa, pero si es preciso lo olvidaré por ver si consigo despertar en V. la honra dormida, ese resto de sentido moral que siempre conserva aun el hombre más abyecto.

—¡Oh!—murmuró Federico, limpiándose con el pañuelo el sudor que corría por su frente.

Unos golpecitos dados en la puerta del gabinete, que estaba cerrada, interrumpieron esta escena que amenazaba ser violenta.

Federico abrió y se presentó el criado: el Baron de Arolas aguardaba para entrar; sin duda en nuestra preocupacion no habíamos oído sonar la campanilla de la verja.

Yo me alegré de este nuevo incidente que evitaba ó aplazaba por lo ménos resultados fatales.

Entró el Baron, saludó con una inclinacion de cabeza, sin duda con una mirada se impuso de la situacion y dirigiéndose al comandante, dijo:

—No me he engañado; esperaba encontrarte aquí.

—Estoy donde debo—contestó este—he venido á hacer lo que V. ni mi hermana podían.

—Comprendo el móvil que te ha impulsado; pero es inútil.

—¿Cómo inútil? Eso lo veremos.

—Un duelo puede deshogar el enojo; pero no acalla la maledicencia ni cura las heridas del corazon. Mi sobrina y yo tenemos tan tranquila la conciencia que no necesitamos explicaciones; por eso no las hemos exigido...

—Pues yo sí,—interrumpió el comandante violentamente.

—Vámonos de aquí,—prosiguió el Baron;—nada tenemos que hacer en esta casa.

—Mire V., tío; ni V. ni nadie, ni mi misma madre, si viviera, me harían desistir de mi propósito. V. me conoce. Es preciso, inevitable, que este... caballero y yo nos encontremos. ¿Lo oye V?—repitió dirigiéndose á Federico y recalando la palabra—es inevitable.

—¡Señor Baron!—exclamó Federico. Había en su acento tanta tristeza, tanta desolacion, un sentimiento contenido tan profundo, que el Baron hubo de conmoverse. Hombre de honor, no admitía que faltase á los demás; presentía una causa oculta é inexplicable en la conducta de aquel jóven tan bueno y tan simpático.

—Señor de Moran—dijo—este es el tejido de la vida ó más bien, el de las leyes sociales. He venido aquí para impedir un disgusto que á nada conduciría V. ¿á qué ocultarlo? no ha obrado con rectitud, ha amargado una existencia quizá para siempre; pero un mal no se remedia con otro... Vámonos—repuso, cogiendo por el brazo á su sobrino que se desasí con un movimiento brusco.

—Señor Baron—exclamó Federico—¡si V. supiera cuánto he sufrido y sufro en este momento! Habla V. de existencias amargadas; la mía lo está para siempre. En el momento en que V. se ha presentado, había resuelto acceder al deseo de este caballero y dejarme matar.

—Vamos á ver, señor de Moran—dijo el Baron cada vez más conmovido.—¿No guarda V. algun recelo en su corazon? A veces sombras inexplicables, apariencias que nos turban cruzan por nuestra imaginacion ó por nuestra conciencia. Su amor de V. hacia mi sobrina parecía sincero ¿qué sombra, qué idea, qué desencanto ha influido en usted?...

—Pues bien, señor Baron—contestó Federico con trémulo acento—no puedo resistir más... Lo que voy á decir será el castigo de una falta; mas no de la que Vds. suponen que he cometido. Harto he luchado, socavando mi corazon que no podía desahogarse. Estoy herido no sólo en mis sentimientos sino que tambien en mi conciencia.

Estas palabras despertaron nuestra curiosidad en grado sumo. La esfinge iba á aclararse.

Federico, despues de un violento esfuerzo, contó su almuerzo con Manuel, el día del cumpleaños de este, hasta el momento en que el miniaturista sacó de su cómoda la cajita de alerce. El Baron y el comandante oyeron asombrados el relato de la sustitucion de una miniatura por otra.

—Tenía razon Luisa; ella sólo ha conocido la mistificacion—dijo el Baron.

Federico prosiguió:

—Al ver la caja en manos de Manuel, mi primer deseo fué cerciorarme de que existían los papeles que tantas cavilaciones nos han causado. Abrí el secreto, saqué dos cartas sin sobre, cuya escritura se veía; la casualidad hizo que me fijase en algunas frases, tan trascendentales para mí, que, no siendo dueño de mí mismo, excitado por el recelo y quizá por el exceso del almuerzo, la... la...

—¿Las leyó V.?—preguntó el comandante.

—Sí, caballero, leí una y ojalá no lo hubiera hecho, porque desde entónces soy el hombre más desgraciado...

—Prosiga V.—dijo el Baron.

—Sí, prosiga—repitió el comandante, que miraba á Federico de un modo particular.

—En aquella carta, en que no había consignado nombre alguno, un hombre se arrepentía de su conducta respecto á una mujer á quien había seducido; había dudado

de ella, pero por fin reconocía su error; decía que el *fruto de su amor*, que ella llevaba en sus entrañas era el lazo que los unía indisolublemente. La aconsejaba que permaneciese en Villaviciosa hasta *salir de su cuidado*, que él no tardaría en ir á dicho pueblo para verla, aunque salvando las conveniencias...

—¿Y bien?—dijo el comandante.

—¿No comprenden Vds.?—prosiguió Federico.

—¡Ah!—exclamó el Baron—usted supuso que esas cartas se referían á...

—Cuando ví por primera vez á su sobrina de V. iba á Villaviciosa—dijo Federico bajando los ojos.

—¡Ah! ya ¿y ese indicio ha bastado para que V. crea en la culpabilidad de una mujer honrada?

—Las cartas estaban en un objeto que la pertenecía.

—¡Ah! sí, todo esto constituye *prueba plena*. ¿A qué más datos, á qué más informes? no cabía duda—dijo el Baron con amargura,—Luisa era una mujer perdida, abandonada, tan falaz que quería reparar su falta *pesando á V. en sus redes*.

—¡Señor Baron!...

—¡Caballero!—interrumpió bruscamente el comandante—yo le creía á V. enigmático, extravagante, pero no idiota. Esas cartas que V. ha hallado en la cajita eran mías.

—¿De V.?

—Se trataba de reparar una falta—dijo el Baron.

—Lo cual estará hecho muy en breve—observó el comandante.—Un resto de recelo, circunstancias que no son de este lugar, me tenían retraído de una mujer que todo me lo ha sacrificado; pero la voz de mi conciencia, los ruegos y la intercesion de mi hermana Luisa me han hecho volver á la senda del deber. Comprendí cuánto debía á aquella mujer seducida; la voz de la paternidad disipó las sombras de mi mente; mi hermana quiso ser la fausta portadora de mi arrepentimiento y no titubeé ni un instante en llevar el consuelo y la esperanza á un corazon que padecía.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Federico.

—Si algo hay que reprochar á mi sobrina—dijo el Baron—es su impetuosidad, su viveza, la varonil entereza de su carácter que se sobrepone al miedo y quizá á las conveniencias sociales. Ella no vaciló en ir de noche, casi sola, arrojando los riesgos de un camino, que si bien corto, no está exento de ellos, como desgraciadamente ha demostrado la experiencia; lo que la urgía era hacer el bien, ignorante de las penas que su generosa accion había de causarla.

—¡Ah! sí;—exclamó Federico—¿cuánto ha debido sufrir por mi causa! Pero señor Baron, comandante ¿qué había yo de pensar ni de hacer? Los hechos más sencillos toman á veces proporciones gigantescas. Para mí la culpabilidad era evidente....

—Usted debió aclararlos.

—¿Cómo? Vacilé no hallando solucion posible; además labraba en mí otra razon poderosa; había cometido una accion reprobada, una de las mayores faltas que á mi juicio se pueden cometer; había violado la correspondencia ajena y esto, además de la pérdida de mi amor, ha sido mi mayor castigo. ¡Oh! señores, perdónenme Vds.—repuso Federico con lágrimas en los ojos.—Señor Baron, ayúdeme V. á reconquistar el afecto de Luisa, hagan Vds. que me perdone, no saben cuánto la amo. ¡Por Dios señor Baron, acompañeme V., corramos; aunque ella me rechace, yo quiero caer á su piés, besar la orla de su vestido, morir si es preciso en su presencia, pero morir diciéndola ¡Te amo, como no ha sido amada mujer alguna!

XIX

Un cuarto de hora despues el Baron y Federico se bajaban de un coche en la puerta de la casa del primero.

—¿Dónde está mi sobrina?—preguntó el Baron al criado que había abierto la puerta.

—La señora ha salido—dijo una doncella que salió al al oír la voz del Baron.—Ha dejado esta carta para vucencia.

El Baron frunció las cejas, tomó la carta, despidió á los criados y precedido de Federico, entró en su despacho.

Los dos estaban pálidos y conmovidos; presentían algo funesto.

El Baron abrió la carta y leyóla y se la dió al pintor diciendo:

—Ya es tarde. Lea V.

Federico leyó:

«Amado tío; ¡Cuánta razon tenía V. en reprocharme mis locuras y mis arrebatos de independencía; y cómo la fatal realidad se sobrepone árida é inexorable á los insensatos conatos de una imaginacion juvenil que se cree recta y á una alma vírgen que se siente buena! Es tan ruda la leccion que acabo de recibir, que no tengo, á pesar de lo que V. llama mi *audacia*, el valor de afrontar los velados sarcasmos á que ha dado lugar una situacion inaudita é inesperada.

»Permítame V. que repare mi error, en lo posible, ocultándome á los ojos del mundo. Voy á reunirme con Amalia; ella aguarda resignada á que mi hermano cumpla sus sagrados compromisos, y yo á su lado trataré de *hacerme olvidar*. Aunque delante de Dios y de mi conciencia soy honrada, quizá me hallo descarriada para esa sociedad que califica de extravagancias los arranques generosos.

(Continuará)

LAS VARIACIONES

DE LOS CLIMAS

Al Dr. D. Angel Pulido
de la R. A. de Medicina.

Muévese y oscila con lentitud solemne la corteza sólida del globo, y estos pausados movimientos del suelo que hacen variar los niveles respectivos de las tierras y de los mares y alteran notablemente el relieve orográfico de aquellas, ejercen además otros efectos tan curiosos como interesantes.

Son estos, cambios de clima, que si por la lentitud en la variación pueden pasar desapercibidos para una generación, no así para la ciencia que, recogiendo los datos de generaciones sucesivas, encuentra que el correr de los tiempos trae consigo notables diferencias en las condiciones climatológicas del globo, dentro de la misma época histórica y sin remontarse á otras edades geológicas.

Las variaciones aludidas son tales, que representan á veces la posibilidad ó imposibilidad de habitar una region que en tiempos atrás estuvo en condiciones opuestas. Comarcas florecientes en antiguas épocas son hoy desiertos eriales; y no solamente porque el hombre haya acudido á otros centros donde la civilización le ofreciere más recursos, sino que la vegetación, que libre en estas condiciones podría desplegar exuberante, cual se presentara en sus mejores días, se ve también mezquina, como indicando que causa más poderosa que el abandono del hombre es el motivo de la pobreza de suelos que fueron fértiles; de modo que la emigración humana es, en tal caso, efecto y no causa. Y no otra cosa ocurre en extensas comarcas de Oriente donde sitios en los que se dilataron imperios poderosos con ciudades florecientes y campos feracísimos, se ven hoy convertidos en desoladas llanuras cubiertas de jaramagos y salpicadas á trechos de ruinas solitarias, á trechos de charcas cenagosas.

No faltan tampoco sitios donde violentos torrentes, nacidos sin saber cómo, han llevado, con sus furiosas avenidas, la desolación primero y la despoblación después á valles donde larguísimos años moraron tranquilas y felices muchas generaciones de campesinos que no recibieron de las sierras cercanas sino benéficas lluvias ó mansos hilos de agua que fertilizaban y embellecían sus campos. Los pobladores de muchos valles de los bajos Alpes pueden dar fe de estos cambios para ellos tan funestos.

Ni son tampoco de olvidar las relaciones, las frases tradicionales y los indicios que sobre el suelo quedan, de corrientes de agua cuya disposición haya cambiado por completo llevando la consiguiente profunda alteración al clima de las localidades afectadas. Hoy puede buscarse inútilmente el agua del gran Ighaghar ó sea el antiguo Níger que descendía del Djebel-Hoggar y se vertía en el Golfo de Gabes después de un curso de 2,000 kilómetros; un lecho arenoso completamente seco es lo que queda de tan vasto río. Un tiempo hubo también en que los grandes lagos de la América del Norte iban á desaguar al golfo de México y los botes pasaban en épocas de avenida desde el Mississippí á los lagos superiores. Lagos, como el Utah y el Tiberiades, comunicaron en otro

tiempo con el mar, y hoy se ven incomunicados y extraordinariamente reducidos de extensión.

Sitios hay asimismo donde el fenómeno contrario ocurre, donde por ganar el mar tierra sobre el suelo, el estado higrométrico propio de las atmósferas de las costas, se manifiesta cada vez más próximo á localidades situadas tierra adentro. No sucede otra cosa con muchos lugares de las costas orientales de América. En las comarcas del Noroeste de Nueva York, la formación relativamente reciente del estrecho de Hell-Gate, ha producido en la atmósfera cambios correspondientes á los que ha experimentado el suelo. Hace dos siglos, los naturales del país contaban á los colonos holandeses establecidos en la isla de Manhattan, que en tiempo de sus bisabuelos se podía ir á pie enjuto desde una orilla á otra y que el mar solamente penetraba en el estrecho en las grandes oleadas del equinoccio. Dos metros y medio se calcula que pierden de extensión todos los años las tierras que limitan la bahía del Delaware, y otros muchos casos semejantes prueban la extensión que las aguas ganan por aquella parte de América, así como las variaciones que originan en las costas y por consiguiente en los climas de las localidades próximas.

En la parte en que la cuenca del Amazonas confina con el mar, estos cambios climatológicos han sido muy considerables por serlo en grado sumo los que en la hidrografía de aquella region se han producido en el transcurso de cuatro ó cinco siglos. El mar ha invadido

suelo pueden llevar, léjos, muy léjos, cambios inesperados en las condiciones climatológicas de un país.

Es el vapor de agua el principal agente para determinar los climas. Al producirse, en los países cálidos, absorbe calórico latente, é impide que la temperatura se eleve demasiado en ellos; arrastrado por los vientos á las zonas templadas y á las frías, desprende en ellas, al condensarse, el calor que absorbió en los países del Mediodía; da caracteres especiales á los vientos, que así influyen en la vegetación y en la vida animal segun sean húmedos ó secos. De la circulación de la humedad en la atmósfera, depende la distribución de los climas sobre la superficie de la tierra.

Ahora bien; esta circulación se verifica por medio de los vientos y la dirección, fuerza y demás propiedades de estos dependen de las posiciones relativas de la tierra y del agua, de las montañas, de los desiertos, de los ríos y de los mares. Cambiando el sitio ó la extensión de las superficies evaporantes, cambian las propiedades higrométricas de los vientos, y por lo tanto el sitio de la precipitación de lluvia, ó la cantidad de esta, y una porción de elementos climatológicos en los países por donde aquellos vientos pasen. Con las variaciones de humedad y de sequía vienen las variaciones de la vegetación y con estas el aumento ó decrecimiento de la vida animal.

Y aunque no cambien de lugar las superficies evaporantes pueden cambiar las condiciones de humedad de la atmósfera de muchas regiones, si varían, si experi-

más de 500 kilómetros cuadrados de tierra; los ríos Itapicurú y Parahiba, que antes vertían en el Amazonas, ahora desaguan directamente en el mar; el río Tocantins ya no se une sino indirectamente al gran río central, y concluirá por separarse por completo. Se ven también retroceder los ríos en toda la cuenca, por efecto del avance del mar á consecuencia de la depresión de la costa; manifestándose el hecho muy claramente en el Maranhao y en el Pianhy en Macapa y en las costas de Marajo. En las playas de esta isla cerca de Soure hay ahora un gran golfo, donde desemboca el Igazapo grande, golfo formado á través de un bosque que ha quedado dividido por las aguas en dos porciones distintas entre sí más de treinta kilómetros. Más abajo, la bahía de Braganza, que antes tenía dos kilómetros y medio de extensión; ahora presenta siete.

Todos estos cambios, que reducen ó aumentan la superficie evaporante de las aguas en las inmediaciones de ciertas localidades, que hacen variar tan profundamente las condiciones hidrográficas de muchas regiones, tienen que producir la alteración consiguiente en el estado higrométrico del aire, en las lluvias y en la evaporación, y por lo tanto en la temperatura, y en el clima en general de las mismas regiones.

Pero las variaciones que en los climas ejercen los movimientos de la corteza terrestre no se limitan solamente á las que puedan tener efecto en las regiones costeras, que dichas variaciones con ser muy importantes, no son las que más interés pueden ofrecer en este estudio. Las más ligeras alteraciones en el relieve del



EL MEMORIAL, acuarela por J. A. B. Stroebel

mentan algún cambio los agentes de precipitación ó condensación. Son estos las montañas, las grandes extensiones cubiertas de vegetación, las corrientes de aire frío contrarias al viento que lleve la humedad. Pues fácil es colegir que si estas circunstancias cambian, el viento trasportador del vapor de agua irá dejando su preciosa carga en distintos puntos conforme á las variaciones que encuentre en su camino.

Las montañas del oeste de los Estados Unidos, por efecto del pausado movimiento de ascenso que anima al suelo de aquella region, se van levantando poco á poco y sus cumbres están hoy más elevadas que en siglos anteriores. Los vientos, que procedentes del Sudoeste y cargados del vapor de agua que toman del Pacífico, pasan por encima de estas montañas para ir á soplar sobre la region de los lagos salados, llegan á estos con tanta menos humedad cuanto mayor sea la cantidad de agua que á su paso por las montañas del Oeste hayan dejado, y como esta es proporcional al enfriamiento que al cruzar aquellas cumbres experimenten y estas van estando tanto más frías cuanto más se elevan, de aquí que los vientos del Pacífico viertan más agua ahora que en lo antiguo en las vertientes de Sierra Verde, Sierra de la Madre y Montañas Pedregosas y lleguen más secos á la region de los lagos. Estos, pues, reciben menos agua en sus cuencas respectivas; la evaporación, por el contrario, ha ido aumentando al disminuir la humedad de la atmósfera; el nivel de aquellos ha tenido que descender, hasta equilibrarse la evaporación con la precipitación y ya no comunican los dichos lagos con el Golfo de México, ni los botes pueden pasar en tiempo de avenida hasta el Mississippi.

Del mismo modo, una gran porción de los Andes, desde el extremo Sur de la América hasta dar frente á Chiloe, se deprime; otra extensa porción, hasta las fronteras de Bolivia, se levanta considerablemente, y así mientras al Sur se observa que el límite de las nieves perpetuas se eleva aparentemente en aquellas montañas, porque estas se deprimen, en cambio, la elevación de las cordilleras que se hallan más hácia el Ecuador ha convertido á Atacama en desierto y al Perú occidental en país seco.

La gran elevación de las tierras que se extienden desde los confines de la Arabia hasta las heladas bocas del Obi, comprendiendo todas las comarcas del Oriente donde se desarrollaron las primeras épocas de la edad histórica, la Palestina, Siria, Mesopotamia, el Asia menor, la Armenia, la Asiria, la Media y todas las demás comarcas que al Sur, Oriente y Norte del mar de Hircania (Cas-



¡CUÁNTO TE QUIERO, ABUELITA!

pio) se extienden, ha producido los cambios climatológicos que tanto se echan de ver en estos países, por lo menos en los que se hallan entre las costas de la Palestina y el Sur del Caspio. Estos países son hoy más secos, especialmente los de la vertiente occidental, que lo fueron en lo antiguo.

El mar Muerto tiene hoy su nivel 390 metros más bajo que el Mediterráneo, no teniendo ninguna comunicación con este mar. Pero esta comunicación existió en épocas anteriores, pues las huellas evidentes existen, en cuyo caso el nivel del mar Muerto tuvo que ser en tales tiempos el mismo, por lo menos, que el del mar con el cual comuni-

caba, es decir que dicho lago tendría unos 400 metros más de profundidad que actualmente y la extensa superficie que á este considerable aumento de nivel correspondía. De esto forzosamente se desprende que las nubes llevaban hácia aquella region más agua que la que se podía evaporar y el río que ponía en comunicación el mar Muerto con el Mediterráneo, representaba el sobrante. Después las nubes han ido llevando menos agua, la evaporación ha tenido por el contrario que ir en aumento, y el mar Muerto disminuyendo de nivel, hasta que por ser menor la superficie evaporatoria se ha equilibrado la evaporación con la precipitación.

El mar Muerto nos muestra, pues, con bien patentes caracteres los cambios higrométricos profundos que han experimentado esas regiones del Oriente, y nos dice bien claro por qué ya no existen en esos países ántes tan poblados, las fértiles campiñas que otro tiempo los embellecían y dieron abundantes riquezas, por qué de comarcas de clima suave, se han convertido en países donde las oscilaciones de temperatura son mayores, con calor excesivo y de sequía en el verano y frío y destemplanza, como ántes no se notaban, en invierno. Todas estas variaciones obra son de la alteración en la humedad que tanto ha disminuido en las indicadas regiones.

* * *

El lago de Tadjurah, junto al mar Rojo, y el de Titicaca en América, se hallan en el trabajo de equilibrio entre la precipitación y evaporación que ya se ha logrado en el mar Muerto. El lago Tadjurah va perdiendo considerablemente de extensión y cada día es más salado. Las aguas del lago Titicaca son únicamente salobres; es seguramente su transformación de época más reciente que la del mar Muerto; la elevación de los Andes es pues posterior ó va mucho más lenta que las oscilaciones terrestres que han originado los cambios de clima en Palestina por intermedio de los vientos.

Así, pues, el estudio atento de las elevaciones y depresiones de las tierras y el de las variaciones que éstas han podido ejercer sobre los vientos, dan la clave para relacionar interesantes acontecimientos y transformaciones del suelo. Son, pues, los vientos, para quien los estudia con cuidado, verdaderos cronistas, que lejos de pasar por la tierra sin dejar huella, han ido escribiendo la historia de las transformaciones del Planeta, historia grabada con caracteres bien patentes sobre las páginas de piedra de las edades geológicas.

DOCTOR HISPANUS



EN DULCE AMOR Y COMPAÑA, cuadro por Kunt Efwall

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte. Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMP. DE MONTANER Y SIMON